

SABER ESCUCHAR

Queridos diocesanos:

Una Iglesia de puertas abiertas es una Iglesia que escucha. Resulta paradójico que en la era de la comunicación hayamos perdido la capacidad de escuchar al otro. Tenemos a nuestra disposición mil maneras de entrar en contacto con los demás. El teléfono móvil, el *whatsapp* o el correo electrónico forman parte de nuestra rutina diaria. Y, sin embargo, cada vez es más difícil algo tan sencillo como establecer un diálogo cordial y sincero con otras personas. Según mi parecer el motivo de ello es que no nos escuchamos.

Para saber escuchar hay que aprender primero a hacer silencio, acallando lo que no importa y aguzando el oído para lo que de veras es fundamental. Y hay que tener también mucha paciencia pues escuchar exige muchas veces saber esperar el momento, no acelerar los procesos de las personas, aguardar hasta que surja la palabra precisa y oportuna. Supone también capacidad para acoger y respetar, para buscar la verdad con los otros. Escuchar no es sólo recoger informaciones, sino una actitud interior de acogida de lo que el otro dice, de disponibilidad para comprender y de humildad para aprender.

Cuando la Iglesia escucha no hace otra cosa que imitar a Dios, que ha escuchado el dolor del ser humano y se ha compadecido de él. Dios es siempre alguien a quien le preocupa la situación del hombre y le escucha. “He escuchado el clamor de mi pueblo”, dice Dios en el Éxodo (3, 7). Sin embargo, con frecuencia a los cristianos nos cuesta escuchar. Muchas veces domina en nosotros la tendencia a ofrecer respuestas pre-confeccionadas y recetas preparadas, sin dejarnos interpelar realmente por las preguntas que nos dirige, por ejemplo, todo el mundo de los jóvenes o el de los no creyentes. Nos cuesta de modo particular escuchar la voz de los que no tienen voz, de los empobrecidos y marginados.

El Concilio Vaticano II propuso una Iglesia que estaba a la escucha del mundo y que estaba atenta, particularmente, a los signos de los tiempos. Es tarea de toda la Iglesia auscultar en la vida de las personas y las culturas los signos en los que Dios sigue dialogando con su esposa, la Iglesia. Escuchar hace crecer a la Iglesia.

Si queremos ser Iglesia de puertas abiertas necesitamos poner en marcha iniciativas de escucha. Los obispos y sacerdotes deberíamos descargar nuestras agendas y dedicar tiempo simplemente a escuchar con atención. Necesitamos también personas consagradas y laicos que tengan el carisma de la escucha y del acompañamiento. La comunidad cristiana tiene que ser una alternativa a una sociedad en la que somos bombardeados por muchos mensajes pero que ha perdido la capacidad de escuchar